I

MAREA VIVA DE CONJUNCIÓN: DONDE TODO ES.

Primera ola: Shelnarshim, el Dorado Este.

Shelnarshim, el Dorado Este

Queridísimas hermanas:

Esta misma mañana, una de mis pupilas ha tenido la delicadeza de dirigirse a mí con la misiva que os adjunto y en la que, amparada en su tierna juventud, ha tenido el maravilloso atrevimiento de expresar lo que tal vez nosotras mismas, las reinas sireneas, deberíamos haber planteado de forma igual de directa a quienes nos han acompañado y acompañan en este viaje que comenzó hace ya tanto.

Por eso mismo, me permito la libertad de enviaros la presente junto con la hermosa proposición de mi pupila, que por supuesto ha recibido y recibe todo mi beneplácito. Sabéis bien por los lazos de sangre que nos unen a las cuatro que en modo alguno quisiera enfadar a ninguna de vosotras, o peor aún, faltaros al respeto de alguna manera, por lo que espero y deseo que os lo toméis como un regalo por mi parte y como una oportunidad que tal vez sería deseable aprovechar.

Deseándoos unas felices olas y enviándoos los abrazos más sinceros y llenos de Aniïl *que pueda haber, me despido de vosotras esperando que lo consideréis, y me hagáis llegar la respuesta por los medios habituales.*

Vuestra hermana,

la Reina de las Sirenas del Este.

—Y estas, queridas mías, son las últimas palabras de la lección de esta marea. Agradecedle al océano quiénes somos, disfrutando de su existencia.

De todos los momentos que había en las lecciones que impartía, aquel era sin duda el que más le gustaba. Porque lejos de responder con elaboradas fórmulas de cortesía o de conservar en sus rostros las expresiones pétreas o disciplinadas que mostraban en otros instantes de la jornada, las jóvenes criaturas que hasta ese instante habían estado pendientes de cada una de sus

palabras estallaban en gritos de júbilo y satisfacción, liberadas ya de la que era la única de las obligaciones impuestas que tendrían durante el resto de su existencia.

—¡Esta mañana ha habido buenas olas, así que seguro que se han desenterrado un montón de conchas nuevas en la Pared de Cristal! ¡Vamos!

—¡Oh, no! ¡Yo prefiero hacer una carrera de delfines! ¿Quién se apunta?

—¡De acuerdo, pero tú serás el delfín!

—¡Eh, yo lo he dicho primero!

—¡La primera que llegue a la Pared de Cristal será el jinete!

—¿Serás bobo? ¡La Pared de Cristal está demasiado lejos como para hacer una carrera!

—¡Entonces, hagamos la carrera hasta allí! ¡Nueva regla: gana quien se mantenga más tiempo sobre su delfín! ¡Vamos allá!

—¡Eh, yo no estoy de acuerdo con esa regla! ¡Prefiero que gane quien haga la figura más elegante!

—¡Yo estoy de acuerdo contigo!

—¡Pues peor para vosotras, porque la carrera ya ha empezado!

—¡Nueva regla: ganará quien llegue la última!

—¡Las nuevas reglas invalidan todas las anteriores! ¿Queréis montar de una vez?

Disparadas como flechas plateadas de reflejos dorados, las criaturas despegaban sus colas de la gelatinosa superficie en la que habían estado escuchando las palabras de su reina y se perseguían unas a otras entre carcajadas, mientras la que acababa de hablarles las observaba alejarse en todas direcciones. Estirando sus brazos con despreocupación, recogió los legajos de algas secas que tenía delante y que le ayudaban a recordar lo que no debía ser olvidado, y que por lo tanto era importante transmitir a quienes habían nacido en unos tiempos distintos. Claro que algunos de aquellos legajos contenían más tonterías sin sentido que otra cosa, pero ahí residía muchas veces el interés de las lec-

ciones: era de lo más estimulante ver cómo entre quienes las escuchaban se formaban diferentes opiniones que se rebatían unas a otras afirmándose o contradiciéndose, hasta llegar a momentos en los que nadie sabía bien de dónde habían partido las ideas que se estaban exponiendo…

Con gesto satisfecho y aprovechando su postura, la sirena levantó la vista para observar el final del océano que bullía a bastantes brazas sobre su cabeza, las suficientes como para que en aquel lugar dominase la luminiscencia de las medusas y no los rayos del sol de la superficie. Sin embargo, estaba claro que fuera no había tormenta, y la jornada estaba más o menos tranquila a pesar de haber empezado ya el otoño, por lo que no sería mala idea acercarse hasta la playa y aprovechar la calidez de los últimos rayos veraniegos. Permitiéndose una media sonrisa de disculpa, deslizó su mano con gesto cariñoso sobre la superficie en la que estaba apoyada: sabía de sobra que a las medusas les daba lo mismo lo que hiciera con su tiempo, y que ni mucho menos les importaría que decidiese variar sus planes acerca de dedicar el resto de la jornada a ordenar aquellos legajos que llevaban tanto tiempo dispersos por sus estanterías en la estancia que su ciudad había construido especialmente para ella… pero era importante estar agradecida a todas las criaturas vivas, y por eso prolongó la caricia durante más tiempo del necesario.

Y las medusas, por supuesto, se lo agradecieron emitiendo un delicado chisporroteo que recorrió la superficie transparente sobre la que estaba reclinada, lo cual hizo que su sonrisa se ampliase aún más.

Encogió los hombros e hizo un mohín con los labios para sí misma, apartándose el largo y abundante cabello platino que flotaba alrededor de su cabeza mecido por la corriente marina. A fin de cuentas, en aquella estación el océano era tan cambiante que hasta la mar más plana podía transformarse de pronto y sin avisar en un castillo de olas del que era mejor protegerse a cubierto entre los gelatinosos muros de Shelnarshim, y entonces

sí que tendría tiempo de sobra para aburrirse de los escritos más absurdos que pudiese encontrar… así que, definitivamente, decidió que saldría a caminar bajo el sol, y que aquellas algas secas garrapateadas que ahora tenía enfrente suyo se irían al montón que no paraba de crecer como si tuviese vida propia. Emitiendo un suspiro que sonó al mismo tiempo cómico y resignado, estaba a punto de dar la orden mental que le permitiría atravesar la superficie sobre la que se encontraba y descender por aquella larga chimenea viviente hasta el interior de la ciudad, cuando se dio cuenta de que no todos los jóvenes habían partido ya en busca de aventuras…

Porque allí mismo, delante de ella, había una sirena hembra quee la miraba con gesto tímido, y que aferraba entre sus manos un trozo de alga.

—Hace una hermosa marea como para cabalgar delfines de tu propia especie, o tal vez para perseguir a los de la otra, querida Shar'am. —La Reina de las Sirenas del Este se sujetó con la mano abierta su desnudo seno izquierdo, en una variación del saludo élfico que habían inventado hacía mucho tiempo y que indicaba máximo respeto y cariño—. ¿O tienes acaso alguna pregunta que no puedas compartir con tus compañeras y compañeros?

—Es… Es verdad que hace una hermosa marea, majestad. —Sonriendo con timidez, la joven sirena inclinó su cabeza en respuesta al saludo—. Y, bueno, en realidad… No es una pregunta lo que tengo, sino… Bueno, tal vez… No lo sé, quizá… Es una… proposición, o algo parecido.

—¿Una proposición? —Devolviéndole la sonrisa, la instó a que siguiese hablando, complacida como cada vez que cualquiera de los más jóvenes se atrevía a hacer proposiciones de cualquier tipo, aunque algunas resultasen de lo más descabellado—. Estaré encantada de oírla, querida mía.

—Bueno, es que… Me ha gustado mucho la lección de esta marea, majestad. Es decir, me ha gustado más que otras muchas. —Sus ojos emitieron un destello de satisfacción que hizo que la

otra ampliase su sonrisa aún más, complacida por aquellas palabras—. Y he pensado que… bueno, yo… Quizá… En fin, podéis leerlo, si queréis, o…

—¿Estás segura de que no quieres contármelo de viva voz, Shar'am? —Observando cómo la joven le tendía el trozo de alga con mano temblorosa, ella lo recogió sin dejar de mirarla a los ojos con gesto de confianza—. ¿Tan extraña es la proposición?

—No es eso, es que… —La otra bajó la mirada, enrojeciendo visiblemente—. No sé si es… adecuada. Por eso la he escrito, y por eso quiero que me digas qué te parece, mi reina.

Examinando el trozo de alga que tenía en la mano, la Reina de las Sirenas del Este asintió con un gesto y dejó que sus ojos se deslizasen sobre la hermosa caligrafía que su pupila había trazado con tanto esmero, dispuesta a reírse a carcajadas si la proposición resultaba demasiado descarada o a contener su risa si por el contrario era un alarde de timidez y doble sentido. Por descontado, ni mucho menos sería la primera vez que se encontrase con alguna proposición efectuada por alguien que ni siquiera había aprendido a nadar y ya pretendía ganarle en una carrera en mar abierto, o por otras de una naturaleza mucho menos competitiva y sí mucho más estimulante… aunque tenía que reconocer que, de parte de la joven y habitualmente callada Shar'am, sí que no se esperaba ninguna de las dos. Siempre había sido una sirena discreta, que participaba de las lecciones con comentarios inteligentes y sin demasiadas estridencias, y se relacionaba con sus compañeras y compañeros de forma habitual y en todos los sentidos, así que…

Sin embargo, lo que pronto quedó muy claro fue que no se habría esperado nada como aquello, porque a medida que iba leyendo lo que tenía delante, su sonrisa se desvaneció hasta desaparecer. Y cuando finalizó la lectura y levantó la vista, se dio cuenta de cuánto había cambiado su gesto por la mirada de temor que la joven le estaba dirigiendo.

—¿He… cometido alguna impertinencia, majestad? —Visiblemente incómoda, la joven sirena se fue alejando hacia el borde

de la plataforma—. Yo… Os ruego que lo olvidéis, ha sido una tontería, yo… Me he dejado llevar por el entusiasmo, yo… No debería…

—Espera, joven Shar'am. —La reina devolvió la sonrisa a su rostro y extendió hacia su asustada pupila una mano conciliadora, reprendiéndose mentalmente por haber dejado que sus emociones más antiguas aflorasen ante alguien tan joven—. No, querida mía: no has cometido ninguna impertinencia, en absoluto. Es solo que… tu proposición me ha sorprendido, nada más.

—Por favor, olvidadlo. —La joven sirena se había detenido, pero todo su cuerpo temblaba, y parecía al borde de las lágrimas—. No he querido…

—Tranquila, querida mía, de verdad.—De un preciso coletazo se situó junto a ella, alargando despacio uno de sus brazos hasta rodear los hombros de la joven—. Sabes muy bien que siempre os he empujado a decir lo que pensáis, y me gusta que seáis capaces de hacerlo. Y si algo me sorprende de todo esto, es el hecho de que algo así se le haya ocurrido a una de mis pupilas, nada más. De hecho, no sabes lo mucho que te agradezco que me lo hayas dicho.

—¿De…? —Las pequeñas nubes que se formaron en torno a sus ojos indicaron que algunas lágrimas habían escapado a su control—. ¿De verdad?

—De verdad. —Inclinándole la cabeza, la reina depositó un suave beso en su coronilla, intensificando el abrazo—. Pero entenderás que es algo sobre lo que debo meditar con tranquilidad, ¿no es cierto?

—Yo… Lo último que desearía es molestarte de alguna manera, mi reina, así que…

—No me molestas en absoluto, joven Shar'am, y te prometo que tendrás una respuesta a tu proposición en cuanto pueda dártela. —Divertida por el titubeo de la joven tras la audacia que había demostrado, y ya mucho más relajada, la reina puso un dedo sobre los labios de su pupila, impidiéndole decir nada más—.

Pero ahora, ve con tus compañeras y compañeros, ¿de acuerdo? Y hazme el favor de no buscar demasiadas aventuras, porque por esta marea, creo que ya has tenido suficientes…

La Reina de las Sirenas del Este no pudo evitar morderse la lengua justo después de haber pronunciado aquellas palabras, pero afortunadamente la joven sirena pareció reconfortada con ellas y en absoluto dolorida, así que se soltó del abrazo sin brusquedad y se despidió con una sonrisa sincera y un enérgico movimiento de cabeza antes de alejarse de un coletazo en pos de sus compañeras, la mayoría de las cuales eran ya un simple destello en la lejanía. Suspirando profundamente y observando de nuevo el trozo de alga seca que aún tenía en la mano, la reina sacudió la cabeza con incredulidad, censurándose a sí misma. ¿Cómo era posible que después de tantas y tantas mareas…?

Definitivamente, necesitaba pensar sobre todo aquello, y las playas de Alorelinion eran sin duda el mejor lugar para hacerlo.

Salió a la superficie por el lugar que más le gustaba hacerlo: una lengua de fina arena que penetraba en el lecho marino casi hasta la grieta que cerraba la bahía, y que debido a algún capricho submarino, ninguna tormenta o marea era capaz de eliminar jamás, por lo que parecía un camino natural sobre el que nadar sin necesidad de buscar otra referencia para encontrar la dirección correcta. Con aparente despreocupación, la Reina de las Sirenas del Este se deslizó sobre la arena a poquísima distancia de ella y sin sacar la cabeza fuera del agua, como siempre jugando consigo misma a aguantar hasta el último instante antes de tener que ponerse en pie porque no le quedase más remedio, sorprendiendo así tal vez a quienes se encontrasen en ese momento al borde del agua y no esperasen a nadie, y ni mucho menos a la reina…

Pero sin embargo, en esa ocasión no había nadie cerca, y cuando la sirena encogió su cuerpo y recuperó sus largas piernas

con un simple parpadeo, el chapoteo que produjo al ponerse en pie con rapidez solamente la salpicó a ella.

Ya de pie sobre la arena y con el agua llegándole únicamente a los tobillos, sacudió con satisfacción todo su cuerpo mientras abría la boca y un interminable chorro de agua salada brotaba de ella para estrellarse en la orilla. Como cada vez que una de ellas ejecutaba la transición entre el agua del océano y el aire de la tierra, la sirena notó el ligero ardor en la garganta y el cosquilleo en la nariz que le indicaba que habían vuelto los olores, separándose de los sabores en dos sentidos muy diferenciados que bajo la superficie eran más que la suma de ambos y al mismo tiempo no eran ni siquiera parecidos. Y como cada vez que lo experimentaba, la reina agradeció a los Ocho que le permitiesen aquella existencia tan particular, que la hacía capaz de gozar de dos mundos tan diversos… y su felicidad habría sido completa si los estridentes chillidos de una gaviota volando sobre ella no le hubiesen hecho levantar la vista, incluso en contra de su voluntad.

—Cállate, descarada. —Sonriendo pero arrugando su nariz, dirigió al ave un gesto falsamente desdeñoso—. ¿Acaso puedes tú sumergirte bajo el agua, eh? ¿Por qué vienes entonces a recordarme que los cielos son el único medio en el que no puedo valerme por mí misma?

Se rio de su propia broma, mientras acababa de sacudirse el agua del cuerpo y estrujaba vigorosamente su abundante mata de pelo rubio, notando cómo la brisa acariciaba de nuevo su piel y la devolvía a la realidad de la temperatura de la superficie. Por descontado, las noches aún no eran tan frescas como para que necesitara cubrirse con algo, así que sabía que era cuestión de poco tiempo que su cuerpo desnudo se acostumbrase a la caricia del sol… aunque sin embargo, por experiencia sabía que con su enmarañado cabello no lo iba a tener tan fácil, pero a fin de cuentas no era tiempo lo que le faltaba, por lo que caminando hacia la orilla y notando el calor de la arena en la planta de sus recién recuperados pies, empezó a deambular sin rumbo, mientras aci-

calaba su melena lo mejor que podía con la única ayuda de sus largos dedos.

Ni siquiera viéndola caminar sobre sus dos piernas hubiera podido pensar de ella ninguna criatura que no fuese otra cosa que una sirena, ya que tanto sus miembros exageradamente largos como aquella piel blanca y pulida que destellaba curiosos y a primera vista incomprensibles brillos dorados, revelarían a cualquiera que la contemplase de cerca que nada en ella era lo que parecía ser, desde sus ojos velados por una fina membrana que podía abrir o cerrar a voluntad, hasta sus firmes músculos que parecían tener vida propia bajo la piel. Y por supuesto, en ningún caso se habrían podido pasar por alto los delicados filamentos plateados que rodeaban sus muñecas y ascendían desde ellas hasta rozar sus hombros como si fueran elegantes zarcillos de plata que hubieran crecido justo bajo su piel, y a los que el sol arrancaba discretos destellos cada vez que sus rayos les daban directamente. Como si ella misma los estuviese viendo por primera vez, la reina detuvo sus pasos y dirigió una media sonrisa a su antebrazo izquierdo antes de continuar: recuerdos de otras épocas, testimonios de otros momentos…

Definitivamente, aquella despejada mañana auguraba una jornada cálida y placentera, y tal y como había previsto, no iba a ser ella la única que la aprovechase… así que no le extrañó en absoluto encontrarse al cabo de muy poco con el primer grupo de sirenas que, extendidas sobre una plataforma de madera, se perseguían unas a otras ejecutando los Cangrejos Danzarines con más o menos habilidad, de manera que quienes pasaban de las caricias a las cosquillas con demasiada rapidez eran reprendidas entre carcajadas histéricas. La reina les dirigió una sonrisa sincera, y declinó con un movimiento de ojos la invitación que le dirigió la única de las sirenas macho que fue consciente de su presencia y la saludó agitando la mano.

Aquella fue la primera de las invitaciones pero no la última, aunque después de todo ya se lo había esperado, y desde luego

no habría podido ser de otra manera. Las parejas más veteranas se entretenían en la orilla practicando el Juego de Mariposas con languidez y sin ninguna prisa, o como mucho se deslizaban unos en otros en variaciones de los Delfines Silbando a la Luna, o incluso se entretenían con Manos que Aletean a pesar de todo lo que a la jornada le quedaba aún por delante. Particularmente divertidos eran los grupos de los más jóvenes que se empeñaban en conseguir lo que hacía muy poco habían decidido llamar La Danza de los Dragones, que consistía mucho más en habilidad física que en la obtención de placer, o al menos de un placer que no fuese el de recibir los aplausos de sus interesados compañeros: cuando sus pasos la llevaron hasta la complicadísima figura que estaban ejecutando dos machos y una hembra y que apenas pudieron mantener durante un breve instante antes de estrellarse los tres contra la arena entre carcajadas, no pudo evitar unirse a los sinceros aplausos de quienes les rodeaban, dirigiéndoles además unas palabras de aliento acerca de volver a intentarlo de nuevo. Ay, el alocado y despreocupado ímpetu de quienes poseen un cuerpo capaz de hacerlo todo, una energía interminable y un espíritu que aún no ha visto nada…

No quiso que aquellas sirenas malinterpretasen su gesto torcido, y por eso se alejó de ellas con más rapidez de la que habría deseado en circunstancias normales. Por todos los demonios, no tenía ningunas ganas de amargarse a sí misma con cosas que ni mucho menos dependían de ella ni estaban en sus manos, así que, ¿por qué dar vueltas a lo que no tenía remedio? ¿O sí lo tenía? Por todos los dioses antiguos…

Si algo tenía claro aquella mañana era que no le apetecía compartir caricias, o al menos, no de cualquier forma. Notaba su esencia latente bajo la piel, en reposo pero al mismo tiempo tan atenta como lo estaría una ostra capaz de cerrarse en un parpadeo ante cualquier amenaza… y sin embargo, no era el momento ni la intención, porque había algo que ocupaba por completo sus pensamientos, y lo sabía de sobra. Y bien, ¿no era eso precisa-

mente lo que esperaba de sus pupilas y pupilos? Es decir, ¿no les había instado siempre a que la sorprendiesen, a que debatiesen con ella acerca de todo lo habido y por haber, y a que formulasen proposiciones que tuviesen sentido aunque no concordasen con sus propias opiniones? ¿Y no había sido esa una de las claves de la comunidad formada por las sirenas del Este, tan alejada de los pensamientos beligerantes y tan cercana a las corrientes que formaban la misma Existencia? Por todos los dioses de *Nayrda*…

Sacudiendo la cabeza casi con irritación, se dio cuenta de que sus pasos la habían llevado hacia el bosque, alejándola de la playa por uno de los riachuelos que desembocaban en la arena y abrían un sendero más o menos practicable entre los espesos árboles de Alorelinion, sobre todo para alguien tan acostumbrado al medio acuático como ella. Deteniendo el gesto de peinarse su ya casi desenmarañado cabello, la reina dedicó un instante a escuchar los sonidos que bullían a su alrededor, observando el entorno en el que acababa de introducirse: una verdadera constelación de estímulos la rodeaba por completo, y ampliando su sonrisa y estirando los brazos con felicidad, dejó que el bosque que la rodeaba respirase junto con ella, liberándola de parte de las preocupaciones que llevaba consigo…

Hasta que, de improviso, un suave siseo se hizo muy presente a su derecha.

Bajando los brazos con gesto tranquilo y volviendo la cabeza en la dirección de la que había partido el sonido, la Reina de las Sirenas del Este se encontró cara a cara con una larga y oscura serpiente que la estaba mirando directamente a los ojos, ya que su fino y delgado cuerpo colgaba de una rama situada a la altura de su cabeza. La poca luz que atravesaba el dosel del bosque rebotaba en sus negras escamas, y sus pupilas verticales se clavaban en ella mientras su afilada lengua entraba y salía de su boca con rapidez, examinando el ambiente que se abría ante ella y sabiendo que allí delante había una criatura que merecía su atención…

Pero la sirena, muy lejos de asustarse, amplió su sonrisa y extendió una mano hacia ella, muy despacio.

—Hermosa jornada, hermana serpiente. No creo que tengas tanta hambre como para querer comer pescado esta mañana, ¿verdad?

Por toda respuesta, la serpiente continuó con su siseo que pareció una suave risa, y rozó delicadamente la punta de los dedos de la reina con su afilada lengua. Ella inclinó la cabeza, y afirmando con los ojos y sin necesidad de palabras, extendió su mano aún más, para que la serpiente pudiera deslizar su largo cuerpo por la palma abierta que le ofrecían.

—Ah, la comodidad de aprovechar las oportunidades… Qué me vas a contar. —La sirena hizo un gesto divertido mientras sentía el cosquilleo del reptil acariciándole la piel y ascendiendo por su brazo—. Yo misma estoy muy agradecida al agua y al camino que me procura, así que, ¿por qué no iba a ayudarte a ti, amiga mía?

Sin dar muestra alguna de que estuviese comprendiendo lo que le decían, la serpiente continuó con su lento avance por el brazo de la reina, desapareciendo por entre la cascada de cabello y reapareciendo por el hombro izquierdo, manteniendo su paso suave y constante. La sirena estiró el otro brazo hasta alcanzar una de las ramas que estaban del lado opuesto del riachuelo y que parecía tener un aspecto bastante firme, y dejó que el reptil la alcanzase y se deslizase por ella, continuando así su camino con tranquilidad y dedicándole a su improvisado puente un último saludo con la cola antes de desaparecer en la espesura. Recogiendo entonces sus brazos con lentitud, la Reina de las Sirenas del Este le lanzó un beso con la mano, acompañado de una sonrisa.

—Y pensar que hay criaturas que creen que sois culpables de todos los males de la Existencia… —suspiró, tiñendo su sonrisa de tristeza—. A veces, es difícil creer cuánta ignorancia hay en el mundo que pisamos.

Animada por la perspectiva de hacer un poco de ejercicio, y sabiendo exactamente de dónde partía la corriente de agua por

la que estaba caminando, la sirena continuó ascendiendo a buen paso, murmurando entre dientes una de las melodías más antiguas que guardaba en su memoria aunque sin ser demasiado consciente de ello. A fin de cuentas, el camino ya era lo suficientemente interesante en sí mismo como para distraerla de cualquier pensamiento, y por eso caminó sin demasiadas preocupaciones que la turbasen, hasta que al cabo de un buen rato los árboles se fueron espaciando, y pronto desaparecieron por completo al llegar hasta el terreno que sabía de sobra que la estaba esperando al final de su camino, o más bien al principio…

Porque aquellas aguas brotaban directamente de la falda de una montaña. O más bien de la falda de un volcán, que era donde se encontraba en ese momento.

El bosque acababa justo allí, delante de ella, donde la roca desnuda se organizaba en amplias terrazas naturales en cuyo interior burbujeaba un lodo grisáceo formado por las aguas subterráneas que parecían brotar desde las mismas entrañas del volcán en el que se asentaban, y en algunas de las cuales era delicioso sumergirse en busca del relajante calor. Era un lugar hermoso, sin duda, a pesar del imponente aspecto que tenía la monstruosa montaña que ascendía de forma ininterrumpida hasta la lejana cumbre, sin que ni una sola mancha de vegetación perturbase su quietud de piedra gris. Una vez, hacía ya mucho tiempo, se había propuesto a sí misma ascender hasta la cima, y había necesitado dos jornadas tan despejadas como aquella y una buena cantidad de suerte para conseguirlo… pero lo que encontró cuando ya no le quedó más montaña que escalar acabó de convencerla de que aquel no era lugar ni para ella ni para ninguna otra criatura parecida, porque el fragmentado cráter y el mundo de roca gris que albergaba en su interior pertenecían a una época posterior a cualquier forma de vida que ella pudiera conocer, o tal vez anterior. Eso sí, había que reconocer que la vista desde tanta altura era prodigiosa, y se había sentido como si contemplase la Tierra

Incontable con los ojos de un dios… pero nada de eso importó cuando tuvo que arrastrarse hasta el océano con sus últimas fuerzas y la piel tan reseca que necesitó estar envuelta entre medusas durante mucho, mucho tiempo.

Suspirando por los recuerdos de tiempos más ingenuos, se dio la vuelta para contemplar las vistas que tenía desde aquella posición tan elevada, y que sin ser las de la cumbre, tampoco eran desdeñables: estaba situada más arriba incluso que la cima de la escarpada isla que se alzaba en mitad de la bahía y en cuyas terrazas sesteaban las sirenas, mientras que más allá de esa isla había un muro de montañas por entre las que solamente se veían más montañas aún, y a su derecha quedaba una amplia vista del inacabable océano, por la izquierda se extendía el aparentemente infinito verdor de Alorelinion, con árboles tan espesos que parecían ocupar por completo toda la superficie de *Nayrda*, igual que cuando ellos eran aún sus únicos habitantes y no había ninguna criatura dispuesta a disputarles el terreno. Claro que cuando había estado en la cima había creído poder observar una muy lejana franja de terreno desnudo, pero alguien le había dicho una vez que eso no era posible…

Estaba a punto de pensar en ese alguien con más intensidad, cuando de pronto sintió que la sujetaban con fuerza por la espalda y le tapaban la boca con la mano.

—Te doy un beso a cambio de tus pensamientos, sirena.

—¡Alter! —Zafándose de su captor con un preciso movimiento y encarándose con él, la Reina de las Sirenas del Este empezó a lanzarle puñetazos al pecho, con gesto falsamente indignado—. ¡Qué susto me has dado, maldito hijo bastardo de una holoturia! ¡Mal bicho, crustáceo hueco, cangrejo sin pinzas, pulpo sin patas, medusa sin tentáculos! ¡Eres peor que una púa de erizo!

—Tsk, tsk, tsk, vaya un lenguaje para una reina sirenea. —Sin esfuerzo aparente y manteniendo la sonrisa, el recién llegado se limitó a dar pasos cortos hacia atrás para escapar de aquellas

manos, hasta que de improviso y con la rapidez de un parpadeo, atrapó las muñecas de la sirena en el aire y las inmovilizó—. Se acabó el juego.

—¿Se acabó el juego? —Fue ella la que sonrió entonces, mirándole con fingida inocencia y con una irresistible languidez, como si se abandonase por completo a quien acababa de capturarla—. El juego no ha hecho más que empezar, elfo…

Adelantando su pecho en un ondulante contoneo, la sirena acercó su cuerpo con tanta determinación que los brazos del alto elfo se debilitaron, abriéndose para recibir aquel cuerpo desnudo hasta que ambos se fundieron en un intenso y sincero abrazo. Y aunque estaba vestido con unas toscas ropas parduzcas de cazador, él pudo experimentar en su propia piel todo el calor que emanaba de ella, al cual correspondió con el suyo propio hasta que ambos no pudieron hacer otra cosa que cerrar los ojos y refugiarse uno en brazos del otro durante lo que pareció una eternidad. Si hubieran podido verles allí de pie, sin hacer otra cosa que respirar al unísono con sus cuerpos entrelazados, las criaturas más ignorantes habrían podido pensar que estaban conteniéndose o dejando pasar el tiempo en una especie de unión no consumada… pero nada más lejos de la realidad, como quedó claro en cuanto ella consiguió separarse lo suficiente como para poder mirarle de nuevo a los ojos, estando los suyos llenos de emocionadas lágrimas.

—Te odio tanto, elfo…

—No eres la primera que me lo dice, sirena. —Sonriendo ampliamente y dejando que sus ojos brillasen también con intensidad, él le apartó el pelo de la cara y le acarició una mejilla—. Entiendo entonces que no estás contenta de verme, ¿verdad?

—No entiendes nada. —Ella dejó escapar una ligera carcajada, persiguiendo la caricia con su rostro, antes de que una nube de preocupación ensombreciese su mirada—. Sí me alegro de verte, Alter, pero… no sé si es el mejor momento.

—Oh, qué interesante. —Con un elegante movimiento igual

que si fuese un consumado bailarín, el elfo separó su cuerpo dando un paso hacia atrás y sostuvo únicamente la mano de ella entre las suyas mientras se inclinaba, como si efectivamente le estuviera pidiendo un baile—. Vengo en busca de diversión, y me ofreces más de la que esperaba… Bien, tal vez no tengas el ánimo para compartir caricias, pero, ¿qué hay de compartir esencia, mi hermosa reina?

—Si fueses cualquier otra criatura, elfo burlón y despreciable… —Amenazándole con el dedo y sin acabar del todo la frase, la reina volvió a mirarle con cara de falsa indignación, antes de rendirse y ofrecerle la otra mano para que la cogiese—. Hablo en serio, Alter.

—Y yo también, por supuesto.

Confianza. Eso, exactamente eso, era lo que transmitían los ojos del elfo, y lo que a ella le había cautivado desde la primera vez que los había visto. Por descontado, no todas las criaturas entendían las sutilezas de esa energía que convierte a los cuerpos vivos en algo distinto a un montón de carne muerta, a la que las sirenas denominaron «esencia» desde el mismo momento en que fueron capaces de percibirla, y por descontado, si había criaturas capaces de entender algo como aquello eran sin duda los elfos… pero lo que estaba muy claro era que ni mucho menos todos los elfos podían o querían hacerlo, y las sirenas del Este llevaban muchas mareas sintiendo y comprendiendo esas esencias y los bailes de las mismas como para no saber las sutilezas que escondían, y por supuesto, sabiendo de sobra que eran muchísimo más interesantes que un burdo proceso mecánico de frotamiento de pieles o, peor aún, de apéndices. Por eso habían sabido comprenderlas en su propio beneficio, y por eso las compartían únicamente con quienes eran capaces de comprenderlas tan bien como lo hacían ellas mismas… y algunos elfos eran capaces de hacerlo. Y Alter el cazador era uno de esos elfos. Porque Alter el cazador era también mucho más de lo que parecía a primera vista.

Sin resistirse al espectáculo, la Reina de las Sirenas del Este contempló cómo él se iba deshaciendo de sus ropas con estudiada lentitud. Benditos elfos, cuyo sentido del tiempo les había enseñado a no tener prisa y a no querer abarcarlo todo en un único suspiro… El cuerpo de Alter era recio y firme, pulido por la existencia al aire libre igual que si fuese un trozo de madera vieja al que incontables lluvias hubiesen librado de todo lo superficial, y surcado al mismo tiempo de interminables cicatrices, cada una de las cuales contaba una historia. Un habitante de las montañas, un elfo dueño de su propio destino que solamente pisaba la Ciudad cuando le convenía, y que buscaba la compañía de los suyos únicamente cuando tenía ganas de hacerlo. Un espíritu tan libre que incluso los suyos no sabían a veces cómo tratarle…

Hinchando el pecho y estirando sus brazos con satisfacción, él señaló con un ademán la poza de agua termal que tenía justo detrás, entrando en ella de una zancada sin esperar a que la sirena diese su consentimiento o pudiese poner alguna objeción. Más amplio que su cuerpo y evidentemente no muy profundo puesto que el agua le llegaba hasta los muslos, el estanque de agua turbia y cálida recibió al elfo con un abrazo tan dulce que le hizo suspirar de satisfacción, abriendo los brazos y tumbándose todo lo largo que era hasta apoyar la cabeza en el reborde. Y la sirena no necesitó nada más que ver aquella sonrisa en su rostro, ya que de inmediato fue ella la que se introdujo en el agua, aunque sumergiéndose por completo en ella y desapareciendo de la vista, de tan opacas que eran aquellas aguas espesas y blanquecinas.

¡Qué sensación! Cada vez que sumergía la cabeza en aquel líquido burbujeante que manaba desde el interior mismo de la Tierra Incontable se sentía como si estuviese respirando a través de una tormenta de arena, pero al mismo tiempo, había algo en las aguas que no había encontrado nunca en otro lugar. El agua salada del océano era pesada y compacta, su alimento desde que tenían uso de razón, mientras que el agua dulce de los ríos sabía

a bosque y a montaña, siempre helada y refrescante como si fuese nieve recién fundida… pero nada más tenía aquel sabor, aquel gusto denso y espeso, como si la misma *Nayrda* se hubiera licuado para convertirse en materia que su cuerpo pudiese asimilar de alguna forma que no podía llegar a comprender del todo. Había probado el agua recién caída de la tormenta, las aguas verdosas de los estanques que sabían a hojas podridas y a musgo, e incluso se había atrevido una vez a llegar caminando hasta un lago que Alter conocía y donde ambos se habían bañado a pesar de que el agua era evidentemente demasiado fría para la desacostumbrada piel del elfo…

Y las aguas del volcán seguían siendo especiales. Únicas. Tan peculiares como solamente podía apreciarlo alguien de su peculiar naturaleza.

Sacando la cabeza al exterior simplemente arqueando la espalda, la sirena escupió un chorro de líquido igual que si fuese una fuente, lo cual hizo que el elfo se cubriese los ojos con el dorso de la mano y esbozase una ligera protesta que ella silenció con un cálido beso. Un beso que sabía a volcán, y también a vida y a océano, acompañado por un destello de inequívoco deseo que sacudió el cuerpo de él como una descarga.

—Eh… Creía que no querías compartir tu esencia de ese modo, majestad.

—No tengo la culpa de que seas irresistible, elfo. —Ella se apartó de él manteniendo la sonrisa aunque desviando la vista, igual que si fuese una niña pillada en falta, antes de darse la vuelta con habilidad y quedar tumbada boca arriba pero sobre el cuerpo de él, los dos mirando al cielo con sus cabezas una junto a la otra—. Pero no te miento cuando te digo que…

—Ya sé que no me mientes. —Interrumpiendo la frase de ella de una forma que no se habría atrevido a hacer con la mayoría de las hembras de su especie, el elfo abrazó el cuerpo de la sirena con delicadeza, manteniéndolo sobre el suyo de forma muy cómoda gracias a la densidad de aquella agua tibia—. ¿Pue-

do saber al menos qué es lo que te preocupa, y qué es lo que me priva a mí de un placer semejante?

Con la vista perdida en el cielo, ella dejó escapar un pequeño gruñido de duda, antes de decidirse por fin a compartir con él lo que la estaba atormentando.

O al menos, una parte.

—No me preocupa a mí personalmente, sino… —Dejó la frase inconclusa, sin saber bien cuánto le apetecía revelar—. Bueno, son… Problemas de especie.

—Oh, lo siento. —La disculpa del elfo sonó absolutamente sincera, y más cuando retiró las manos del cuerpo de la sirena como si se hubiera quemado. Y aunque ella no podía verle la cara desde aquella posición, estuvo segura de que incluso había dejado de sonreír—. No pretendía…

—No te disculpes, elfo… y no dejes de hacer lo que estabas haciendo. —Para demostrarle que sus palabras iban en serio, ella misma le tomó las muñecas con delicadeza y volvió a colocar aquellas recias y ásperas manos de cazador sobre su suave piel, sosteniéndolas con las suyas sin hacer excesiva presión—. He sido yo la que te lo he dicho, y a fin de cuentas, tu especie y la mía comparten mucho más de lo que compartimos con otras que teóricamente deberían de ser más afines a nosotras…

Un momento de silencio se instaló entre ambos, y aunque él no retiró las manos de donde ella las había colocado, tampoco las movió con la despreocupación de antes. Un enorme pájaro pasó volando sobre ellos a considerable altura y sin prestarles la más mínima atención, y los dos supieron sin dudarlo que estaban pensando en lo mismo, y al mismo tiempo.

—Humanos… —Fue Alter quien rompió el silencio, arrugando el entrecejo en un gesto de ligero desagrado—. ¿Ocurre algo?

—No, en absoluto. —Comprobando que las manos de él seguían sin moverse, la reina se las sostuvo con firmeza y se las llevó a los labios para besarlas, arrullándolas como si fuesen un

animal herido, mientras él se dejaba hacer—. No son los humanos lo que me causa inquietud, sino… Bueno, tal vez sí, porque a fin de cuentas, es algo que tiene que ver con ellos, después de todo.

—Sea lo que sea, no necesitas contármelo. —Y para demostrar que hablaba en serio, sus manos parecieron cobrar vida de nuevo y comenzaron a acariciar el rostro y las manos de la sirena con el mismo cariño del principio de la conversación—. Es solo que no imaginaba que tus preocupaciones se debieran a algo tan serio.

—¿Quiere eso decir que no crees que yo tenga preocupaciones dignas de tener en cuenta, elfo? —Con gesto travieso y sin variar su postura, la sirena se las arregló para salpicarle la cara con agua un par de veces, mientras él no hacía nada por defenderse—. ¿Me estás diciendo que mis preocupaciones de reina son fútiles y sin importancia, cazador de las montañas?

—Supongo que me lo merezco, después de todo. —Recuperando la sonrisa y limpiándose la cara con una mano, el elfo suspiró con resignación—. Vos sois la reina, majestad, y este humilde súbdito vuestro lo olvida de vez en cuando…

Un nuevo momento de silencio y reflexión, que de nuevo fue interrumpido únicamente por el vuelo de un pájaro de la misma especie que el anterior. Los dos se habían vuelto a relajar y estaban cómodos el uno con el otro en aquella piscina, pero ambos sabían que nuevas ideas se habían abierto paso en su despreocupada mente, y sin desearlo pero también sin poder evitarlo, la Reina de las Sirenas del Este se reprendió mentalmente por ello, echándose la culpa a sí misma por desperdiciar un momento tan agradable. Alter no era precisamente un elfo que se dejase ver a menudo, y ni mucho menos era un elfo al que pudiera llamar cuando le viniera en gana, porque podía encontrarse en cualquier lugar de las montañas y desaparecer durante toda una estación… así que perder la oportunidad de una placentera tarde con la criatura que mejor era capaz de ejecutar Manos que

Aletean en toda la bahía era algo que no se podía permitir, por mucho que su esencia no estuviese en el lugar correcto…

Así que lo único que podía hacer con él era sincerarse.

—Sabes lo agradecida que les estoy a los tuyos, Alterwynn. —El uso de su nombre completo le indicó a él que la sirena estaba hablando en serio, por lo que sus manos se movieron más despacio y con más suavidad, aunque no se quedaron quietas—. Somos lo que somos gracias a vosotros, y créeme cuando te digo que jamás permitiré que ninguna de nosotras lo olvide.

—Sois lo que sois gracias a vosotras mismas, sirena. —Las puntas de sus dedos rozaron una zona particularmente sensible de los músculos intercostales, y ella no pudo evitar un estremecimiento—. Por lo que tengo entendido, no todas tus hermanas se dedicaron a lo mismo, y fuisteis vosotras las que escogisteis un camino diferente cuando tuvisteis que hacerlo… O al menos, eso es lo que tú misma me has contado.

—Las sirenas del Este… —Convencida de que tenía ya toda la atención del elfo y que él lo había entendido de sobra, la reina dejó que sus propias manos flotasen libres en el cálido líquido, dejando todo su cuerpo abierto como una flor tibia y a merced de su compañero—. Sí, puede que la decisión fuese nuestra, pero fuisteis vosotros quienes la permitisteis… y sois vosotros quienes la mantenéis.

—Alorelinion nunca ha sido un territorio exclusivo, majestad. —Notando en sus dedos que la sirena no iba a relajarse hasta que ella misma decidiera quitarse alguna parte del peso que la oprimía, fuera cual fuese, el elfo retiró con un sencillo pensamiento la energía de sus manos y la sustituyó por un toque mucho más suave, cerrando sus brazos en torno al cuerpo flotante que tenía sobre el suyo propio—. Y ya sabes de sobra que no puedo hablar por todos mis hermanos y hermanas, pero personalmente, yo estoy encantado de que estéis aquí.

Fallo, fuera el que fuese. En cuanto el cuerpo de ella se tensó con desagrado, el elfo supo al instante que algo de lo que había

dicho no le había sentado nada bien a la sirena, y entonces fue a él a quien le tocó sentirse culpable. Sin embargo, no tuvo dudas acerca de lo que pasaba en cuanto la oyó replicar en tono ofendido, aunque no exactamente a lo que él le había dicho.

—¿Cómo pueden…? ¿Cómo pueden seguir considerando siquiera la posibilidad de que pudiésemos convertirnos en enemigos? —La sirena se revolvió más aún, y él no tuvo otra opción que aflojar su abrazo—. ¡Maldita sea, al principio de nuestro viaje ni siquiera nos atrevíamos a soñar con un hogar como el Dorado Este! ¡No tenemos ningún deseo de abandonar este lugar, ni de abandonar nuestra forma de existencia!

—Cálmate, sirena. Nadie te está acusando de…

—¡No somos humanos, maldita sea!

La Reina de las Sirenas del Este ni siquiera fue consciente de cuándo se había puesto en pie, pero de repente estaba allí, en una postura defensiva y chorreando agua de su cuerpo, mientras el elfo llamado Alter continuaba tumbado en el fondo de la poza. Sin embargo, la expresión de él era de lo más tranquila, y para demostrarlo, abrió sus brazos en un gesto de rendición, dejando su musculoso pecho al descubierto y acompañando el gesto de una media sonrisa de disculpa. Pasándose la mano por la cara y bufando con desesperación, ella se dio cuenta de lo ridículas que eran sus palabras pronunciadas desde aquella perspectiva, es decir, desde una posición erguida sobre dos piernas que no se parecían ni remotamente a una cola de pez. Ni siquiera supo de qué tenía que culpabilizarse, pero apartando la vista del elfo, dejó que dos lágrimas le corriesen por la cara, mientras murmuraba una disculpa con un hilo de voz.

—Lo… siento…

—No debes disculparte, majestad. —Mirándola desde abajo y sin cerrar sus brazos, el gesto de él se convirtió en una invitación—. Además, te aseguro que no hay ningún humano que tenga unas piernas la mitad de bonitas que las tuyas.

—Tonto… —Pareció involuntario, pero ella no tuvo más remedio que reírse a través de sus lágrimas—. Lo que yo te aseguro es que no acabo de entender por qué hay tantas emociones revoloteando a mi alrededor como abejas borrachas, maldita sea…

—Oh, las emociones tienen sus propias vidas, y se posan en nosotros igual que insectos cosquilleando flores. —Encogiéndose de hombros al ver que la sirena prefería sentarse en el borde del cráter a retomar su posición anterior, el elfo sacó la mitad de su cuerpo del agua y recostó su espalda contra la roca, buscando comodidad—. No creo que sea nada de lo que tengamos que avergonzarnos, a pesar de que muchos de los míos podrían decirte lo contrario.

—Por lo visto, muchos de los tuyos podrían decirme muchas cosas. —Ella apartó la vista con desgana, mordiéndose el labio—. Perdona, Alter. No quería…

—Ojalá pudiera ofenderme con un comentario semejante, pero sabes de sobra que eso no es posible. —Agitando una de sus manos en el aire para dar énfasis a su comentario y quitarle importancia al de la sirena, el elfo sonrió y encogió de nuevo los hombros, dejando que su vista se perdiese sobre las copas de los árboles—. He visto y he oído demasiadas cosas como para no conocer bien a los de mi especie… así que, por ahora, dejemos las cosas como están, y conformaos tú y las tuyas con que el Consejo se haya poco menos que olvidado de vuestra existencia. A las sirenas no se os ha perdido nada más allá de Alorelinion… y ni mucho menos se os ha perdido nada en ese pozo de intrigas al que llamamos Ciudad, créeme.

—Créeme tú cuando te digo que ninguna de nosotras alberga intención alguna de llegar hasta territorios que significan tanto para vosotros, amigo mío. —Consciente de que estaba utilizando elaboradas formas élficas en su discurso, la reina las suavizó con una sonrisa, al mismo tiempo que las acentuó cruzando ambos brazos sobre su pecho e inclinándose hacia él—. Y créeme cuando te digo que ni yo ni ninguno de mi raza albergaremos

jamás resentimiento alguno contra ningún miembro de una especie que lo único que ha hecho por nosotros ha sido…

—Déjalo ya, sirena. —Él mantuvo la media sonrisa, pero desvió la vista y volvió a dar un manotazo al aire, esta vez con visible incomodidad—. No me hace gracia representar a mi especie ni siquiera en una pantomima. Como ya te he dicho, he visto y oído demasiadas cosas a lo largo de mi existencia.

—Y ni siquiera yo me atrevería a hablar en nombre de todas las sirenas, ni de las del Este ni de ningunas otras. —Relajando su postura y devolviendo la mirada al infinito, ella suspiró con desgana una vez más—. Pero es cierto que os estamos muy agradecidas por todo, Alter, y eso es algo que me gusta expresar en voz alta cada vez que tengo la oportunidad de hacerlo.

En la nueva pausa silenciosa que se estableció entre ellos, la Reina de las Sirenas del Este fue consciente de que la poca energía destinada a compartir caricias que tenía aquella mañana se había escurrido de su cuerpo igual que lo había hecho el agua de la poza cuando se había puesto en pie, y suspiró audiblemente, apartando la vista del elfo con gesto culpable. Sin embargo, él no pareció inmutarse por ello e incluso se permitió el lujo de mostrarse todavía más relajado, apoyando los brazos abiertos en el borde del cráter y deleitándose con el calor que le envolvía. Y por eso, cuando ella le iba a ofrecer todavía más palabras de disculpa, él se limitó a negar con la cabeza.

—Sea lo que sea, sirena, no creo que merezca interponerse entre nosotros, ¿no te parece? —Él le guiñó un ojo de forma irresistible, ladeando la cabeza en un gesto interrogante y manteniendo una sonrisa que en modo alguno parecía significar decepción—. Las personas como tú y como yo sabemos mejor que nadie que hay un tiempo para cada cosa, pero que no hay mayor felicidad que la que se comparte. Así pues, ¿deseas seguir compartiendo la felicidad de nuestro reencuentro, majestad?

—Ya comparto esa felicidad, cazador, y espero que seas lo suficientemente listo como para verlo. —Ella le miró fugazmente

y le devolvió la sonrisa, pero de inmediato volvió a desviar su mirada hacia las copas de los árboles del inmenso bosque de Alorelinion—. Lo que me ocurre es solo que… Las cosas no deberían ser así, eso es todo.

—¿Eso es todo? —El elfo abrió los brazos en un gesto de burla que ella no vio, porque ya no le miraba—. ¡Vaya, majestad, discúlpame por no haber previsto que en esta jornada te apetecía sumergirte en problemas que no tienen solución!

—¿Crees en serio que mis problemas no tienen solución, elfo?

Ahora fue ella quien clavó su mirada en él, y fue él quien desvió la vista, casi molesto. Ambos sabían que estaban bromeando, pero al mismo tiempo, ambos sabían también que sus palabras eran mucho más serias de lo que parecían, porque escondían bajo ellas un buen puñado de significados. Y el elfo sabía de sobra que la sirena no estaba recriminándole nada, pero otra cosa muy distinta era lo que él podía llegar a recriminarse por decir cosas que no debía, sobre temas que además no conocía en absoluto y que eran evidentemente de lo más espinoso.

—Que las cosas son como son, es algo que cualquier joven de los que reciben lecciones en la Casa de la Enseñanza podría explicar de sobra. —Una media sonrisa asomó de nuevo a sus labios, pero siguió sin mirar a la reina—. Podría presentarte a una interesante *Aldunaïnn* que estaría encantada de hablar de ello desde múltiples puntos de vista.

—Casi puedo imaginarme las vueltas que daría uno de vuestros *Aldunaïnn* con una inocente frase como la mía. —Ella también sonreía, pero sí continuaba mirándole a él—. Lo que no sé es lo que sería capaz de decirme una *Maeorlynn*…

Muy lentamente, el elfo volvió el rostro hacia ella sin perder la sonrisa, hasta que las dos miradas se cruzaron en una especie de mudo desafío.

—Las *Maeorlynn* solamente hablan con quien quieren hacerlo, sirena.

—¿Y acaso las sirenas no?

Ninguno de los dos pudo aguantar la risa, y ambos acabaron compartiendo una estruendosa carcajada como si les hubiesen contado la historia más divertida de *Nayrda*, o mejor aún, como si ellos la hubiesen urdido y fueran los únicos capaces de entender su completo significado. Cuánto de diversión y cuánto de aliviar tensiones acumuladas había en aquella risa, ninguno de los dos habría podido decirlo… pero en todo caso, tanto la sirena como el elfo parecieron agradecerla con absoluta sinceridad, y por eso ninguno se esforzó en reprimirla.

Y por eso precisamente, en cuanto la risa se extinguió, la seriedad volvió de inmediato, y lo hizo de la mano de la sirena.

—Yo y las mías, Alter, es decir, las sirenas, no necesitamos pelear por territorios, por jerarquías o por formas de vivir… y eso es algo que deberíamos convertir en una ventaja, y no en un accesorio fútil. —Suspirando una vez más, la sirena no cambió la posición de su cuerpo pero volvió a fijar su vista en las copas de los árboles—. Si no necesitamos cazar ni cultivar para alimentarnos, no deberíamos hacer otra cosa que dedicarnos a disfrutar de la Existencia, y a echar una mano a quienes no han tenido nuestra misma suerte.

—Bueno… Corrígeme si me equivoco, majestad, pero creo que eso es exactamente lo que hacéis. —Él puso una mirada ensoñadora y colocó sus manos detrás de la cabeza, aunque ella siguió sin ver su gesto—. Habéis explorado caminos de la energía que ninguno de nosotros habíamos soñado siquiera, y habéis descubierto formas de compartir caricias que nosotros ni siquiera nos habíamos atrevido a imaginar… y mi rodilla derecha te agradece todos y cada uno de los amaneceres que tus sabias manos le han proporcionado después del encuentro con aquel monstruoso jabalí.

—Aún no sé si esa lesión de rodilla fue la excusa que buscaste para poder acercarte a mí, elfo. —Ella volvió la cabeza lo justo para que él viese que le estaba sonriendo, pero de inmediato re-

gresó a su posición anterior—. Pero no estoy hablando de mí, ni de mis hermanas del Este.

—Oh, es cierto, problemas de especie… —Él recordó las palabras que había usado ella al principio de su conversación, y desvió la vista—. Pues, si te digo la verdad, y conociéndoos como os conozco, créeme cuando te digo que no tengo ni idea de a qué pueden dedicarse exactamente tus hermanas sireneas, ni qué motivos tienen para ello… Pero la verdad es que ya hemos hablado bastante de cosas que no merecen la pena ser habladas, así que…

—Pues yo creo que sí merece la pena, elfo. —Ella siguió sin mirarle, pero estaba bien claro que no se perdía ni una de sus palabras—. Creo que ni yo misma me había dado cuenta hasta este mismo instante de lo cansada que estoy de algunas cosas, y de lo deseosa que estoy de otras. Hace ya demasiado tiempo que los caminos de las sirenas tomaron direcciones que nos han llevado a lo que somos, y no estoy segura de que eso sea algo que me guste.

Sin saber exactamente a dónde quería llegar la reina, y sabiendo de sobra lo arriesgado que era inmiscuirse en semejantes asuntos, el elfo llamado Alter se limitó a contemplar el cielo y a esperar lo que ella quisiera decir, si es que quería decir algo. Inevitablemente, pensó en su propia especie y en los lejanísimos problemas que arrastraba, desde aquella legendaria Guerra hasta la división en cinco Casas, por no hablar de Alivarainn… Aunque no hacía falta remontarse tan atrás, desde luego: el Consejo y sus intrigas ciegas, los *Anileinn* y sus alianzas y enfrentamientos, los desterrados que no pertenecían a ningún lugar, los que aún hervían de odio contra los humanos a pesar de todo el tiempo que había pasado…

Casi sin saber cómo, se encontró pensando en las sirenas, y en lo poco que conocía de ellas a pesar de lo mucho que habían compartido hasta ese momento. Habían venido del norte, eso sí lo sabía, y lo habían hecho hacía ya tanto que pocos eran quienes recordaban el momento en el que los elfos les habían dado su au-

torización formal para instalarse en aquella bahía junto a la cual acabarían fundando Shelnarshim, el Dorado Este… pero cualquiera que no fuese estúpido sabía que había más sirenas que no estaban allí, y por lo que parecía, eran sirenas que no se dejaban ver con facilidad. ¿Acaso eran todas capaces de caminar sobre sus piernas, como las que allí vivían, o por el contrario las otras estaban tan adaptadas al océano que ni siquiera podían respirar fuera de él? Sabía por experiencia que aquella sirena que tenía delante se alimentaba de cualquier tipo de agua, pero ¿acaso las demás eran capaces de hacerlo, o solamente les servía la salada? Preguntas que se acumulaban unas sobre otras y que, por supuesto, solamente servían para esconder la que tal vez era la más importante de todas…

¿Sería cierto que realmente descendían de los humanos?

La Reina de las Sirenas del Este parecía sumida en una profunda contemplación, así que Alter tuvo tiempo para admirar su constitución corporal con todo detalle. Sin duda, y como él mismo le había dicho antes, ninguna humana tendría un aspecto ni siquiera parecido al suyo, sobre todo por lo largos y estilizados que eran sus miembros. Efectivamente, tanto los brazos como las piernas parecían haberse adaptado al medio acuático alargándose y redondeándose en las articulaciones, de manera que era del todo imposible ganar a cualquier miembro de aquella especie en una competición, como él mismo sabía bien. Y lo mismo pasaba con la longitud del cuello o la flexibilidad de la espalda, capaz de ondear como un alga o de retorcerse con la rapidez de una morena para darse impulso… Y por supuesto, en cuanto la cola entraba en juego, entonces sí que ya no había nada que hacer: era como si aquellas criaturas tuviesen dos columnas vertebrales unidas entre sí y colocadas en direcciones opuestas, y la combinación de ambas, unidas a las suaves pero poderosas aletas que tenían al final de aquella misma cola, les daban una potencia y una maniobrabilidad que ni siquiera los delfines eran capaces de imitar del todo…

Pero por supuesto, nada de todo aquello les restaba atractivo alguno, al menos para quien fuese capaz de apreciarlo: los pulidos rasgos que también estaban muy presentes en sus alargados rostros, o su peculiar piel, que lejos de parecer áspera o rasposa como la de los tiburones era más bien lisa y bruñida como la de los delfines, y que brillaba además de una forma muy particular cuando estaba húmeda… Y lo mismo ocurría con sus escamas, visibles solamente cuando transformaban sus piernas en aquella larga cola, y que tenían preciosos reflejos dorados: eran tan suaves que incluso no molestaban en el momento de compartir caricias, a pesar de que aquel curioso apéndice dificultaba ciertas maniobras por su propia y particular naturaleza… aunque ni mucho menos las imposibilitaba, como bien sabía él. Se le escapó una sonrisa involuntaria, y necesitó dirigir su mente hacia otros pensamientos para que su esencia se mantuviera en su sitio sin alterarse demasiado…

Pero tampoco le fue difícil, porque lo que más le apetecía era exponer esos pensamientos en voz alta, y eso fue lo que hizo.

—Pues yo creo que sois un pueblo fascinante.

—Y yo creo que nos conoces demasiado poco, elfo. —Visiblemente complacida con el comentario pero apesadumbrada al mismo tiempo, la sirena sonrió y suspiró a la vez, volviendo la cara hacia él-—. Pero sé lo que estás pensando, y te juro por los Ocho que yo también me lo pregunto.

—¿Ah, sí? —Él le sostuvo la mirada irónica, repantigándose aún más en la poza—. Y entonces, ¿puedo saber qué es lo que estoy pensando?

—Estás pensando lo mismo que yo. Estás pensando que, ya que somos hijas del océano y nos alimentamos como los peces, no tendríamos por qué aferrarnos a modos y a recuerdos que todavía son terrenales. Estás pensando que no tiene ningún sentido alimentar odios ni rencores hacia una especie que, si bien fue la que nos dio la existencia, hace ya muchas generaciones que ya nada tiene que ver con nosotras. Estás pensando que

han pasado tantas lunas que ninguno de los que participaron en aquella matanza recuerda ya nada de ella, porque ni siquiera recuerdan el lugar en el que ocurrió… y sin embargo, nosotras nos empeñamos en recordar, como si eso hiciese que los muertos pudieran volver de algún modo. Estás pensando que ninguno de esos muertos podrá regresar jamás, y que nosotras seguimos comportándonos como niñas asustadas que echan de menos a sus padres…

Las lágrimas corrieron por sus mejillas con una intensidad tan dolorosa que no pudo hacer nada más que cubrirse la cara y sollozar, apartando de nuevo la mirada. Muy lentamente, el elfo retiró sus manos de detrás de la cabeza y dejó que sus brazos volviesen a la poza, con las palmas frotando hacia arriba, mientras asistía a aquel torrente de emociones desbordadas sin poder hacer nada más que observar.

Habían sido palabras tan duras… Y las suyas propias, es decir, sus propios pensamientos, habían sido para la sirena una simple excusa que le había permitido sacar a la luz mucho de lo que llevaba dentro y que parecía amenazar con asfixiarla, aunque de ninguna de las maneras podía él saber a qué se refería o dejaba de referirse.

Y ella, por supuesto, ya sabía eso, y lo sabía de sobra. Pero a la Reina de las Sirenas del Este, lo único que le importaba en ese momento era poder llorar, y poder hacerlo delante de alguien que no fuese una de las suyas… porque las sirenas del Este no tenían por qué compartir aquel peso. Aquello nunca había sido necesario para ellas, y sin embargo… ¿Quién, sino una sirena del Este, una de aquellas jóvenes mentes que escuchaba sus palabras con avidez, había sido la que había creado aquella diminuta ola que ahora se había vuelto gigante y amenazaba con tragársela? Eran tantas cosas…

—No sé lo que te aflige, *Aniïl*… pero sé que comparto tu dolor.

—*Aniïl*… —Ella saboreó la palabra a través de las lágrimas, aunque no apartó las manos de su rostro—. Adoro que inventéis palabras tan bellas, elfo…

—Oh, hay quien dice que el *Aniïl* se inventó a sí mismo, antes incluso de que los Ocho Gigantes Antiguos nos soñasen. —Satisfecho de que sus palabras hubiesen creado aquel efecto en la sirena, el elfo volvió a sonreír y relajó su postura—. Lo único que hemos hecho nosotros ha sido conocerlo, nada más.

Lentamente, como si estuviese descubriéndole al elfo el más valioso y a la vez el más inconfesable de sus secretos, la Reina de las Sirenas del Este abrió los dedos y dejó ver lentamente sus mejillas surcadas de lágrimas, aunque de nuevo estaba sonriendo de alguna forma que estaba más allá de lo que la afligía. Mientras se soplaba de sus largos dedos las diminutas gotas de agua salada que se habían quedado prendidas en ellos, Alter no pudo evitar sentir admiración por la sirena, una vez más… porque era como si con su gesto dejase bien claro que, si bien era de carne y sangre y podía ser atravesada por el dolor y la tristeza, aquellas emociones jamás serían capaces de alterar su auténtica naturaleza ni de llevarla por ningún camino que ella no quisiera transitar. El elfo había visto a demasiados de los suyos asaltados por pasiones de todo tipo que les dominaban de tal manera que ni siquiera llegaban a saber lo que habían hecho ni por qué, y precisamente porque aquella naturaleza les había abocado una vez a la más cruel de las guerras que hubieran sucedido en la Tierra Incontable, era por lo que habían aprendido a controlarlas, o al menos a esconderlas…

Pero para las sirenas, o al menos para las sirenas que él conocía, era como si las emociones formasen parte de su propia naturaleza igual que sus apéndices o sus esencias, y simplemente navegaban por ellas con una facilidad que solamente unos pocos de los suyos habían conseguido alcanzar. Sí, la reina estaba inquieta aquella mañana; y sí, la reina estaba triste aquella mañana; y sí, la reina había sentido esa mañana tanto dolor que

había querido llorar, y lo había hecho… pero precisamente por eso, es decir, por la libertad de haber podido hacerlo con toda la consciencia, a ella no la dominaban ni el dolor ni la tristeza ni la inquietud, y podía sentirlos y aliviarse de ellos con la misma facilidad con la que se habría aliviado de sus desechos corporales. Alter anotó mentalmente que en alguna ocasión tendría que preguntarle acerca de aquello, porque estaba seguro que para la sirena sería un tema de conversación perfectamente aceptable y de ninguna manera tan espinoso como el que habían estado tratando… aunque desde luego, como él mismo pensó a continuación, ni siquiera los dioses más antiguos sabrían en ese instante qué sería lo que le apetecería o le dejaría de apetecer a aquella reina tan embriagada por emociones tan aparentemente contradictorias.

Y por eso, se llevó la sorpresa de su existencia cuando la escuchó pronunciar sus siguientes palabras con toda claridad:

—Me gustaría contarte una historia, elfo, y me sentiría muy agradecida de que quisieras escucharla. Ahora mismo, hay tantas cosas en mi interior que me gustaría mucho dejarlas salir para que pudiesen respirar a su antojo, y créeme cuando te digo que no se me ocurre mejor compañía que tú para hacerlo.

—¿Yo? —La propuesta, tan absolutamente inesperada, le había dejado mudo de la sorpresa, e instintivamente había empezado a replegar su postura corporal como si se sintiese amenazado por un invisible peligro al que ni siquiera sabía cómo enfrentarse—. Bueno… Yo…

—Si te digo la verdad, no estoy muy segura de lo que te estoy pidiendo, así que no hace falta que te pongas tan nervioso.—La sirena envolvió sus palabras con la sonrisa más dulce que fue capaz de dibujar en sus labios, al mismo tiempo que inclinaba la cabeza hacia él con respeto pero sin variar su postura—. Es solo que… Tal vez sea tiempo ya de compartir una carga demasiado pesada para una sola especie, y te conozco lo suficiente como para saber que tú sabes que no te estoy pidiendo que guardes

secretos inconfesables o que partas en busca de venganza contra vete a saber quién, porque creas que yo sea una hembra desvalida y falta de un caballero que me rescate…

—Desde luego, si hay algo que tengo muy claro es que tú no tienes nada de desvalida, majestad. —Él le devolvió una sonrisa juguetona y una inclinación de cabeza, y aunque tampoco varió su postura, sí extendió un brazo conciliador para reforzar sus palabras, mientras devolvía su rostro a la seriedad—. Si lo que vas a contarme va a tomar la dirección que pienso que va a tomar, ni siquiera el juramento Ayl bastaría para expresar lo honrado que me siento al escucharlo, y lo cuidadoso que voy a ser en lo referente a su protección… así que, simplemente, te diré que Alterwynn de Taylan se sentirá muy honrado de acompañarte en lo que quieras contarle.

—Dichosos elfos y sus ceremonias… —Ella se rio por lo bajo, volviendo la vista de nuevo hacia las altas copas de los árboles—. Pero a fin de cuentas, ¿quién está libre de sus propios rituales, y quién es capaz de ver más allá de sus propias formas?

Y con aquellas enigmáticas palabras, la Reina de las Sirenas del Este comenzó a narrar una historia que nunca antes le había contado a nadie que no perteneciera a su propia especie.